



## EL PAPA ADRIANO VI EN VITORIA



Cuantas personas curiosas visitan nuestra ciudad muy querida, que tantos recuerdos notables guarda para los aficionados á la historia, contemplan con especial interés una casa grande y vieja, de suntuoso aspecto, en su parte baja, y de vulgar ornamentacion en el resto de la fachada, que se alza en la acera derecha de la primera vecindad de la calle de la Cuchillería. Solamente los escasos eruditos que han hojeado los libros del historiador Landázuri, saben que aquella fué la ostentosa vivienda de un Juan Saez de Bilbao, que la edificó á fines del siglo XV, poderoso caballero sin duda alguna, acerca de cuya vida é importancia nada he podido saber aún, por vivir ausente de mi pueblo, pero cuya pista he de seguir en los archivos, hasta dar con su nombre y con sus hechos. Para la generalidad de los vitorianos, aquel edificio es la *casa del Papa Adriano*.

En efecto, en ella recibió la noticia de su exaltacion al Pontificado, y en ella fué proclamado Papa, por la ciudad y por los enviados de la España entera, el celeberrimo Gobernador de España Adriano Florencio, dean de Lovaina, obispo de Tortosa y maestro del emperador Cárlos V.

Era, sin duda, aquella casa entónces una de las más notables y señaladas de la ciudad. Vitoria, dentro de la época del Renacimiento, estaba, á la verdad, en el pleno renacimiento de su progreso y desarrollo. Los leales servidores del Emperador alzaban dentro de su recinto

verdaderos alcázares. El fiel Ortuño Ibañez de Aguirre construía en el Campillo su régia mansion, y poco despues el convento de Santa Cruz; el diputado Diego Martínez de Alava, su gran casa señorial de la Zapatería; D. Francisco de Alava y Beaumont, la suya, sobre la plaza y el Zapardiel en el arco de la Herrería. Los Altos de Salinas su magnífica mansion de Villasuso, y los Diaz de Esquivel, Martínez de Bermeo, Ruiz de Vergara, Martínez de Zuazo, Perez de Echávarri, Hurtados de Mendoza, Lopez de Escoriaza, Alonsos de Sarria, Salvatierras, Aranas y otras familias ilustres de la ciudad, asentaban á porfa sus hermosas viviendas en las cinco calles, que además del Campillo, comprendían los muros de la pátria de los inmortales Pero Lopez de Ayala y Fr. Francisco de Vitoria, gloria de España.

De ellas, algunas pocas quedan en pié: la demás han desaparecido en estos últimos treinta años. De su situacion y otros curiosos detalles, voy reuniendo poco á poco interesantes datos, que me permitirán reconstituir casi por completo la fisonomía de Vitoria en el siglo XVI.

La calle de la Cuchillería era en aquel tiempo, y ha sido mucho despues, asiento de gran parte de las familias aristocráticas del vecindario. En ella habian alzado los Arrietas el notabilísimo edificio, que aún hoy, desmochado y todo, tanto llama la atencion, y que se denomina casa del marqués de Vendaña, cuyo origen y descripcion detallada he de publicar muy pronto; y en ella tambien, entre otras muchas, alzó Juan Saez de Bilbao, la que sirviera para alojamiento del Papa Adriano.

Compónese de un primer cuerpo de sillería, en el que se abren dos puertas góticas iguales, y en cuyo intermedio se ve un pequeño postigo de arco rebajado. En ambas estuvo esculpido, sobre todas las dovelas, el cordon de San Francisco, habiendo desaparecido de la de la izquierda cuando bárbaramente se mutiló y rellenó el hueco de ella, para hacer otra entrada y una ventana de tienda. En la clave de la de la derecha, que es hoy la principal, se destaca un medallon con la escena de la Impresion de las Llagas de San Francisco, y en la de la izquierda un nimbo radiante con la cifra J. H. S.

Sobre el postigo está grabado, en bella letra gótica, el *Ave María*, y en la enjuta central ó espacio que dejan los dos arcos, campean: un escudito que parece contener la firma del lapidario; un escudo grande con las armas de los Reyes Católicos, y sobre él, en el declive del

voladizo del piso principal una tabla con el Víctor, del canónigo Zumalave, que habitó en esta casa á fines del siglo pasado. Una puerta de una sola hoja y de grandes clavos cierra esta entrada principal. A su derecha, una gran reja alumbra la dependencia de la antigua portería, y debajo de ella, á poca altura del suelo, un tragaluz horizontal ventila el espacio que fué cuadra ó depósito.

El gran portal, que es la mitad del primitivo, tiene viguería, que fué labrada y pintada. En el fondo, á la derecha, se abre la escalera, con macizo antepecho y sencilla ornamentacion, entre cuyos detalles altos acierta á verse un elegante escudo, con los cuarteles borrados. A la izquierda hay un pozo con brocal, y más al fondo, se halla la puerta de los corrales y patios que van hasta la calle de la Pintorería.

En vez de la puerta ojival de la izquierda, cuya restauracion, en lo posible, restableceria la originalidad y belleza del conjunto, se abren una puertecilla moderna, y una ventana; y en vez de la gran reja lateral correspondiente, véanse en lo más bajo de la sillería, que la rellenó, un ventanuco, y en lo alto el amplio balcon de una vivienda entresuelo.

El segundo cuerpo del edificio, que es de cantería revocada, avanza sobre la línea del inferior, como era costumbre en la edificacion general de la ciudad, en los pasados tiempos. Está dividido el extenso espacio de la fachada por cuatro grandes balcones iguales. Aún sobresale un poco el tercio más alto del edificio, en el que se ven cuatro ventanas, y sobre el cual avanza, terminándole el colosal alero del tejado, estendido de modo que vierte sus aguas casi en mitad de la calle. Esta disposicion de la fachada, en cuerpos escalonados salientes, defendidos por descomunal tejado, era característica, como he dicho, en muchísimos edificios de Vitoria, y respondia á las exigencias del clima constantemente lluvioso. Dispuestas así las casas, no azotaba la lluvia á las tiendas, entradas y pisos principales, y formaban una especie de techado que protegía las aceras y los transeuntes. Todavía quedan en estas calles antiguas, muy curiosos tipos de fachadas de este género.

El edificio se encuentra en su interior muy variado en la planta y disposicion de sus dependencias, respecto á las que tuvo en su origen. Consérvanse en su antiguo carácter la capilla y las galerías que daban al mediodía sobre las huertas de la Pintorería. La capilla es pequeña, pero muy curiosa. Tiene su entrada, de fácil acceso, desde el portal

principal, en el primer descanso de la escalera. Compónese de una nave muy baja, gótica, cuya crucería arranca de los adornos situados en sus cuatro ángulos, y cuya techumbre ostenta doradas estrellas sobre fondo oscuro. Es una pieza muy interesante en algunos de sus detalles. Por más que se quieren señalar en el pico principal alguna de las habitaciones que ocupó el Pontífice, como se han variado tanto, no hay dato seguro para designar cuáles fueran su cámara y oratorio. Convertida esta casa en habitaciones particulares, fué ocupada en los siglos XVII y XVIII por personas de posición y viso en la ciudad, pero en el nuestro se distribuyó entre vecinos de humilde posición, y últimamente, en 1878, sirvió de refugio provisional á las Hermanitas de los Pobres. ¡Lástima es que al fin no se restaurára convenientemente, destinándola á algun objeto útil, que contribuyese á conservar la como se merece!

En ella se encontraba en Enero de 1522 el Cardenal Adriano, Gobernador de España en ausencia de Cárlos V, gozando de la victoria que las tropas castellanas habian logrado en Navarra contra los franceses, en cuya campaña combatieron dos mil alabeses á las órdenes de su Diputado D. Diego Martinez de Alaba, despues de reunirse en Armentia por el llamamiento que hizo desde este lugar la Junta general.

Extraordinariamente llamaba la atencion de las gentes aquel grande hombre, que habia sucedido al Cardenal Cisneros en el gobierno del Reino; y, aunque flamenco, no era tan mal mirado como su rival y compañero Guillermo de Croy, señor de Gevres, ni como la mayor parte de los altos personajes sus compatriotas, que el Emperador trajera de Alemania. Todos miraban con tanta curiosidad como veneracion á aquel indomable prelado, hijo de un pobre tejedor de tapices de Utrech, que solo por su gran talento y personales prendas, combatido por émulos y poderosos, habia entrado de limosna en el colegio Porcio de la universidad de Lovaina, y habia sobresalido entre todos los estudiantes de las cátedras de Artes, Filosofia y Matemáticas. Más brillante que ninguno fué en las de Teología, y tanto creció en su fama de hombre dispuesto, que la princesa Margarita, tia de Cárlos V, gobernadora de Flandes, le dió un beneficio curado, para que saliera de su pobreza y pudiera dedicarse con libertad al estudio. Recordábase en Vitoria cómo vacó en la catedral de Lovaina el cargo de Dean, verdadero puesto de rector de aquellos estudios, y cómo el

jóven Adriano fué nombrado para el mismo, por unanimidad entre todos los maestros y doctores, por ser el más afamado de cuantos en aquellos países había.

Entónces escribió como catedrático sus admirables obras, y entre ellas la muy afamada: *Questiones in Quartum sententiarum: Presertim circa Sacramenta: Ubi sacramentorum materia esactissime tractatur*. Poseo la primera edicion de dicha obra, impresa en tipos góticos en 1516, en la calcografía de Jacobo Dassoneuille en Paris; de cuyo libro se dijo en sus tiempos, que pocos ó ninguno le igualaban, como autoridad entre teólogos y juristas.

Alzó el suntuoso colegio de Lovaina en recuerdo de su profesorado. Cuando murió el rey Felipe el Hermoso, quedó su hijo Carlos de siete años, y el emperador Maximiliano, su abuelo, escogió al dean Adriano para que le educará, sin otra recomendacion que la de su maravillosa fama. Enviado despues á España cerca de Fernando el Católico, fué nombrado por este obispo de Tortosa, y compartió más adelante con el gran cardenal Cisneros la gobernacion del Estado. Hizole cardenal el papa Leon X, y cuando el emperador don Cárlos salió en 1519 para Flandes, quedó encargado de hecho del gobierno de España. Entónces se alzaron las célebres contiendas de las Comunidades, que ensangrentaron el suelo de Castilla y de Alaba. El insigne Juan de Padilla cogió prisionero al Cardenal en Valladolid, y habiéndose este fugado en la misma noche de su prision á Medina de Rioseco, le remitió Padilla al día siguiente, muy atento, todos los objetos y prendas que tenia en su casa y cámara, cargados en sus propias acémilas y conducidos por sus propios criados, enviándole á decir: «Que aunque preciaran mucho tener en su poder una persona tan principal como el, todavía les placia por su contentamiento el verle puesto en libertad.»

Terminó con la victoria, no solo las Comunidades, sino la guerra de los franceses en Navarra y acrecentó muchísimo con ello su incomparable renombre, llegando á ser la principal figura de España, despues del Emperador.

Todo se repetia en Vitoria durante su estancia, cuando llegó la noticia de que habia sido nombrado Papa.

La primera noticia le fué comunicada por el obispo de Gerona, que se hallaba en Roma, y trece dias despues llegaron los enviados del Colegio, trayendo una carta sellada con tres sellos, de los tres cardenales más antiguos. En aquellos momentos llegó tambien el repre-

sentante del Emperador, don Lope Hurtado de Mendoza, con una instruccion de lo que debia decir en su nombre al nuevo Pontífice. Hé aquí ambos documentos, desconocidos en Vitoria, y que tomo de la Silva Palentina del Arcediano del Alcor:

*«Reverendo in Christo Patri, Domino Adriano, Titulo Sanctæ Crucis, Præsbytero Cardinali Detursensi, confrati nostro, et Collegæ charissimo, in Romanum Episcopum nominato . —EPISCOPI, PRÆSBYTERI, DIACONI, SANCTÆ ROMANÆ ECCLESIÆ CARDINALES.*

Miseratione Divina, Episcopi, Præsbyteri, Diaconi, Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinales, Reverendo in Christo Patri Adriano, tituli S. S. Ioanis, et Pauli, Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Presbitero Cardinali, confrati et Collegæ nostro charissimo, salutem, et sinceram in Domino charitatem. Hodie de mane hora circiter decima octava, nos omnes, et singuli Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalis, Romæ existentes, uno escepto, qui conclavi obægritudinem exierat, in Palatio Apostolico et in conclavi reclusi et post Misam Spiritus Sanctis, qualibet die in Capella conclavis celebrari solitam, celebratam, et in ipsa Capella congregati, et scrutinio in Ordine undecimo, ac die post obitum Leonis X. 39. R. Dominationem vestram, ob eius ætatem, prudentiam, sanctitatem, et excellentiam, doctrinam, et in rebus agendi longam experientiam, in Romanum Pontificem, et universalem Ecclesiæ Pastorem, unanimiter, ac Spiritu Sancto cooperante, cum universali Populi, Clerique applausu, atque letitia, elegimus, quod Reverendissimæ D. V. illico significandum duximus, ut sicut universali Ecclesiæ et Christiano orbi, de tam sancta electione, hic gratulati sumus. R. D. V. per litteras gratulemur.

Quod sanc facimus cum omni reverentia, cordis affectu. Mox vero ad eandem D. V. R. tres Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinales, nostri sacri Collegii legatos, ac iuxta SS. PP. institutu mittemus ad intimandum eidem D. V. R. electionem a se factam, atque eius acceptationem et consensum recipiendum. Itaque R. D. V. rogamus pro celeriore huius rei tantæ, et tam importantis expeditione, atque, ut totius Italiæ, urbis Romæ, curiæ Romanæ et Ecclesiæ status, qui per Sedis vacationem turbatus est, tranquillitati, et quieti succurratur, ac multi sanguinis effusione, propter eiusdem D. V. R. longiorem absentiam imminente, et facile occurruræ, obictur, cadem D. V. R. quamcitius commodiusque potuerit, Italia appropinquet, ut ei, quam celerrime legati nostri occurrant. Interim vero nos, sicuti hactenus,

post Sedis vacationem fecimus, urbem Romam, et Sanctæ Romana: Ecclesiæ statum, usque ad R. D. V. acceptationem electionis, et ad urbem adventum governavimus. Atque pro eiusdem D. V. R. incolumitate, et prospero itinere, Deum rogabimus, ut R. D. V. quem absentem, et non petentem tam concorditer, cupide elegimus, etiam præsentem, et in columem videamus, fruamurque, ac de more adoremus.

Quare R. D. V. iterum rogamus, ut quam citius potuerit (electione in manibus legatorum nostrorum per eam acceptata) Romam se conferat: ut quieti Populorum in Italia tumultu antium, succurratur; et suam sponsam, electores, et creaturas invisat, Romanæ Curiæ, ac populo speratum, et exoptatum Christi Vicarium, videndum, et adorandum exhibeat. Et interim illum enixe rogamus, ut pro conservatione Canoniarum Sanctionum, et consuetudinem eiusdem Sedis, Legatos nostros expectet: ne aliqui pro Pontifice agere velit, quousque Legati nostri, instrumentum nostræ electionis, solemniter, et inscriptis præsentaverunt, ac ipsam in manibus Legatorum eorum, et electiorem acceptaverit, ut moris est, quod R. D. V. pro eius sanctitate, et bonitate, et ceremoniarum Pontificatum observatione facturam speramus, et confidimus. Reliqua agent nostro more cum R. D. V. Legati nostri prædicti, quos quam citius, ad illam destinabimus.

Datum Romæ in Pallatio Apostolico, conclavi, die nono mensis Ianuarii MDXXII, sub sigillo nostrum trium, in Ordine Priorum.»

La órden de Cárlos V dice así:

«EL REY.— *Instrucción de lo que vos Lope Hurtado, del nuestro Consejo aveis de hazer con N. M. S. P.*—Llegado, que fueredes á España, donde os embiamos para que de nuestra parte visiteis á su Celsitud, congratulandonos de su felice eleccion al Sumo Pontificado, primeramente llevareis una carta de nuestra mano á su Santidad, en vuestra creencia, y le visitareis de nuestra parte, besando sus santos pies y manos; diziendole en virtud de ella, que demás del gozo grande, que hemos recibido en aver Dios guiado de su mano la eleccion de su santa persona, en Pastor y Pontífice Sumo, y de su universal Iglesia, porque por la experiencia, que tenemos de su gran doctrina y bondad natural, no podiamos desear eleccion mas digna, al propósito para lo que cumple al servicio de N. S. y al beneficio de su universal Iglesia y de toda Christiandad; que es tal, que por la gracia del Espíritu Santo se ha hecho. Pero aun en nuestra particularidad nos acrecienta el contentamiento grandemente, en ver, que despues de haber placido á

nuestro Señor de constituirnos en esta Dignidad imperial, nos haga tanta merced de haber ordenado, que recibamos la Corona de ella, de mano de persona tan íntima á nos, de nuestra propia nacion, y que dende nuestra niñez nos aya criado y instituido. Y tenga tan grande y verdadero amor á nuestra persona, como su Beatitud, dandonosle ahora por verdadero Padre nuestro y sumo y universal Pastor de toda la Christiandad. Por lo cual damos á la Divina bondad tantas y tan infinitas gracias, como podemos: teniendo por cierto, que ha hecho de su mano esta felice eleccion, sin se poder hazer en ello otra cosa entendimientos humanos por darnos señal, que su voluntad es establecer, y assentar las cosas publicas de la Christiandad, por la amplificacion de la Fe Católica. Y que todos los errores del mundo sean eliminados y emedados y se reduzgan en verdadero conocimiento de una sola y universal Iglesia y Religion, á honor y gloria infinita de su santo nombre, tomando á su Beatitud y á nos por Ministros, para la execucion y cumplimiento de ello. En lo cual, y en todo lo que se ofrezca, assi publico, como particular, certificareis á su Santidad de nuestra parte, que le assistiremos, y estamos determinados de correr una misma fortuna con él, teniendole por Padre y Protector nuestro, y siendole muy cierto, y obediente hijo perpetuamente. Lo qual, demas de la observancia, que á aquella santa silla se debe, nos será inclinacion natural por la crianza y disciplina que de su santa persona tenemos, como siempre lo verá por las obras y lo sabrá mas largamente por Mosiur de la Xao, nuestro primo Flaturbleri de nuestro Secreto Consejo, que como persona de su santidad y nuestra, muy acepta ante ambos, le mandaremos despachar luego para su Santidad, porque solamente vais vos para visitarle de nuestra parte, congratulandonos todo quanto podemos, que esta santa eleccion de su santa persona se aya hecho. A lo qual ofrecereis nuestra persona, fortuna y Estados, diziendole: que mandamos á los Gobernadores de aquellos Reynos, que le sirvan en todo, é dispongan de ellos, y ordenen á disposicion de su Beatitud libremente y como de cosa propia suya, pues lo es, siendolo nos discipulo, y hijo muy obediente y verdadero.

EL REY.»

*(Se concluirá.)*

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



## EL PAPA ADRIANO VI EN VITORIA.



(CONCLUSION).

De la estancia del Papa en Vitoria ocúpase con detenimiento su contemporáneo, el obispo de Nocera, Paulo Iovio, en la obra titulada *Hadriani Sexta Vita*, cuyo ejemplar poseo, impreso por Miguel Tremezin en Venecia en 1546. De ella debió tomar, casi á la letra, la que escribió veinte años despues, el célebre historiador palentino Gonzalo de Illescas, cura y natural de Dueñas, contenida en los capítulos XXV y siguientes de la segunda parte de su *Historia Pontifical*, que tambien guardo, y cuya segunda edicion se hizo en Búrgos por Martin de Vitoria en 1578.

Son todos ellos, trabajos muy poco conocidos, y creo que, por primera vez, ven tambien ahora la luz en nuestra tierra.

Dice asi Paulo Iovio:

«A los trece dias despues de elegido llegó la noticia á Vitoria por correos particulares. Casualmente volvia Adriano de visitar al Almirante Federico Enriquez, que estaba enfermo, y, al subir la escalera de su palacio, se postran á sus piés los portadores de las cartas, le entregan estas y lo aclaman Pontífice; él, sin cambiar de semblante y sin que le causase impresion alguna tan extraordinaria noticia, se detuvo, y despues de prohibir le besasen los piés los enviados de Roma, vuelto á sus amigos, les dijo: «*Si es verdad lo que me anuncian, con*

*razon puedo llorar y afligirme.* Poco despues, por saludarle y aclamarle se llenan los patios, y hasta las galerías superiores, de una muchedumbre entusiasta del pueblo. Al anochecer, como se acostumbraba hacer en los grandes regocijos públicos, recorrieron la ciudad con trajes de moros y hachas encendidas numerosas y elegantes cabalgatas.

Mas no por eso juzgó Adriano que debia hacer mudanza alguna en su traje ordinario, ni en su método de vida. No le parecia propio hacer cambio alguno, ni dar muestra alguna de la dignidad Pontifical sin recibir ántes cartas del Cónclave. No era de aquellos hombres, que levantados del polvo á impulso de la suerte, se llenan de vanidad y orgullo, sino de costumbres modestas, vida intachable, y carácter gravísimo. Se añadía que habia escrito las cartas el Obispo de Gerona, hombre de poca autoridad, quien para congraciarse con el nuevo Pontifice, le felicitaba de que hubiese sido elevado por unanimidad de votos á la más alta dignidad de la Iglesia.

Todos esperaban con ánsia las cartas de los Cardenales y del Senado que confirmasen la noticia de la eleccion. Era muy dificil la comunicacion por mar, á causa de las tormentas de invierno, y por estar todas sus costas plagadas de piratas franceses; y los altos Pirineos, ó cubiertos de nieves, ó guardadas cuidadosamente sus gargantas por las tropas del rey de Francia. Pasaron trece dias, y como no se confirmase, ni aun con rumor alguno, tan extraordinaria noticia, no faltaron quienes creyesen no ser cierta, y se figurasen que los franceses, para desprestigiar á Adriano, habian fingido estas cartas, y extendido por España tan falsos rumores. Él, sin embargo, ó inspirado por oráculos que le confirmaban en la seguridad de tan extraordinario acontecimiento, ó llevado de la Astrología que cultivó en su juventud;<sup>1</sup> es lo cierto, que desde el principio, tan completamente se persuadió de cuanto de su persona se trataba en Roma, que á su médico Acredio, desesperanzado ya del éxito y que se entretenia en contar los dias que pasaban sin confirmarse la noticia, dijo resuelta-

---

(1) En el texto, más detallado, dice: «...ab initio constantissime credidit, quasi ab oraculis fatidicarum virginum edoctus, quæ tanto rerum eventa promissis fidem, attulissem, sive exactissima Syderum scientia, qua plurimum invenis oblectabatur, in opinione confirmatus, quum in genitura á se de planetarum ad modum felici, stella etiam eximiæ magnitudinis in Horoscopo ad ipsam finitoris lineam præclara summæ fortunæ denunciatione præfulgeret, adeo ut Aredio etc....»

mente y sin género alguno de duda: que nada temiese, ni habia necesidad de más cartas, puesto que por beneficio especial de Dios habia él sido nombrado Sumo Pontífice, y que dentro de poco el mismo Acredio le veria coronado con la Tiara pontificia y sentado en el trono del Príncipe de los Apóstoles.

Por este tiempo recibió con extraordinarias muestras de alegría un regalo que le hizo el Emperador, de una insigne reliquia del Mártir San Lamberto. Inútiles habian sido hasta ahora sus peticiones, á pesar de que el mismo Leon X habia con cartas favorecido su pretension, y Carlos V habia encargado una y otra vez á sus capellanes que le concediesen tan preciosas reliquias. Esto dió ocasion á aquel dicho gracioso con que daba broma á los que entre sus familiares, por tardar tanto las cartas de Roma, perdian las esperanzas de verle Pontífice: «Si para mí, les decia, y no para vosotros, habia de ser Papa, ¿qué necesidad hay ya de que me levanten á tan alta dignidad, si con sólo el falso rumor de esta noticia, he conseguido al fin las reliquias de San Lamberto, que es lo que más deseé en toda mi vida?»

En esta incertidumbre pasó trece días la Côte y casi toda la España. Llegaron, al fin, los correos de Roma con las cartas de los tres Cardenales, del Senado, y las actas del Cónclave. Estaba cenando; y le hizo la noticia tan poca impresion, que leidas las cartas que le parecieron más notables, alabando lo que decian en voz baja y con una suave inclinacion de cabeza, no habló una palabra que no fuera para ordenar que á los portadores de las cartas, se les diese cómodo alojamiento. Tanta frialdad é indiferencia, casi como indignado hizo exclamar á Vianesio Albergati, que enviado por el Papa Leon tenia en España la administracion de espolios eclesiásticos: *Que sea corto, dijo, este Pontificado, ya que se recibe con tan poca alegría.*<sup>1</sup>

Le pedia el Senado, que habiendo sido por unanimidad de votos nombrado Sumo Pontífice, no quisiese por más tiempo dejar frustradas las esperanzas de los Cardenales, y que, lo más ántes posible, se apresurase á pasar á Italia, para que llevando oportuno remedio al mal-estar de aquella nacion, cumpliese con religiosidad lo que debia á Dios y al Cónclave. Se dice que Adriano, como él mismo aseguró despues, dudó mucho aquella noche, si aceptaria el Pontificado, y que

---

(1) Illescas consigna, que Vianesio dijo: «Si á nuestro Pontífice no le agrada el pontificado, déjelo, que yo fiador que no falte quin lo tome.»

no le movió á ello ninguna otra razon de más peso, que la de conformarse con la voluntad de Dios, ya que por inspiracion del Espíritu Santo, hombres desconocidos para él, le levantaban á tan alta dignidad. De rechazarla, veia el peligro que corria, por la grande disension de los Cardenales, la Suprema Autoridad de la Iglesia, el escándalo consiguiente de los fieles, y aun reunido de nuevo el Cónclave, quizá se diese ocasion de un espantoso cisma. No queria, por otra parte, como muy adicto al César, impedir el fruto de sus recientes victorias, pues no ignoraba que los franceses, alegrándose con la muerte del Papa Leon, y envalentonados con la esperanza de que el nuevo Pontífice les sería favorable, empezaban de nuevo la guerra en el Milanesado. Calamidad grande, porque perdida la esperanza de la paz, se seguirian nuevos trastornos en las cosas humanas, y gravísimos perjuicios para las divinas.

Se presenta, pues, en público al dia siguiente, vestido con las insignias de Pontífice, adornado su calzado con cruces de oro; da á besar los piés á toda clase de personas, y tomando el nombre de Adriano VI, con él empezó á firmar todas sus cartas y documentos públicos. Cuando se extendió la noticia del nuevo Pontífice, corrieron á Vitoria llenos de alegría, y abandonando sus labores, no solo las gentes de los pueblos comarcanos, sino tambien las de la otra parte del Ebro. Era grande el entusiasmo por todas partes por la rara casualidad de ver en España, como no se vió jamás, á un Sumo Pontífice. A competencia deseaban mostrarle su generosidad los señores de los pueblos, personas piadosas y ricas, los sacerdotes, y sobre todo los obispos de las grandes ciudades, haciéndole preciosos regalos de ornamentos y vasos sagrados, que fuesen como un pretexto para congratularse, y ganar la voluntad del Padre Santo. No faltaron tampoco señoras nobles y muchas religiosas, que á porfía le ofreciesen toda clase de vestidos bordados para su persona, y ornamentos preciosos para el altar.»

La ciudad de Vitoria guarda en su archivo las actas de los notables acuerdos que se tomaron en aquellos dias, y el historiador Landázuri copia una en que se lee: «Acordaron (el Ayuntamiento) que se faga presente á nuestro muy santo padre, é se le den diez cargas de cebada é ocho cargas de vino blanco y tinto, é una carga de naranjas, é cincuenta capones, é seis carneros, é dos cuartos de vaca, é doce cabritos, é una docena de ansarones, é media docena de perni-

nes de tocino, é que se pague de la bolsa de la dicha ciudad.» «Hicieronle muchos presentes,—dice Illescas—de cosas muy costosas y polidas de ropa blanca, conservas y cosas de regalos.»

El enviado extraordinario que trajo al Papa la salutacion y enhorabuena del Emperador, don Lope Hurtado de Mendoza, era un caballero de la familia alabesa de los señores de Mendibil y de la Ribera del Zadorra, de cuya ilustre prosapia, de grandes guerreros, insignes damas y gloriosos poetas, he publicado una detenida relacion titulada *Los Mendozas y su tiempo*.

Traia el Cardenal Adriano en su compañía entónces, á su paisano, grande privado y amigo Guillermo Enchavordio, á quien hizo despues Cardenal; y á su criado bufon *Tocino*, único capaz de distraerle en su carácter grave y reservado, «que cantaba cosas honestas y decia donaires sin pesadumbre, ni deshonestidad, y le servia de mal-sin, diciendole lo que veia y oia por la ciudad.»

El insigne prelado era de austeras costumbres, muy retirado y silencioso, muy enemigo de todas las pompas del mundo y acérrimo adversario de los poetas, anticuarios y coleccionadores de objetos de arte. Comia poco, pero de escogidos manjares, y siempre sin alterar, por nada ni para nada la hora de la comida. Bebia bastante cerveza «y aun tiénese por cierto que la cerveza le mató...» «contraxisse morbum assiduo cervisiæ potu, quæ germanica consuetudine ex lupulis, ordeoque decoctia exprimitur.»

El Concejo de Vitoria pidió al Pontífice que restaurase en la ciudad la antigua sede episcopal de Armentia, cuya colegiata habia sido trasladada al notable templo de Santa María, veinticuatro años ántes de estos sucesos. Así lo prometió solemnemente, y lo hubiera cumplido á no haberle sorprendido tan pronto la muerte.

El 8 de Febrero recibió las primeras cartas de Roma cuando bajaba á decir misa á la capilla de la casa; y el 21 del mismo la Bula del Colegio de Cardenales, notificándole su exaltacion. Aquí arregló el personal de su casa y córte, y salió para su destino á fines del mes. Asegura el historiador Illescas, que desde Vitoria fué á Búrgos, y de aquí á Palencia y á su pueblo Dueñas. Y parece confirmarlo una inscripcion que se lee en la piedra del zócalo que sostiene la magnífica reja del coro de la Catedral de Palencia, en la que se lee: *«Adrianus VI pontifex maximus, Carolus V Romanorum imperator, Hispaniarum rex*

*hujus nominis primus—hanc sacram subeunt œdem intra unius anni cursum præsule Petro Ruiz de la Mota.»*

Consagra esta leyenda el recuerdo de que en un mismo año estuvieron en aquel hermosísimo templo el Papa y el Emperador. Respecto á este es cierto, pero lo dudo muchísimo respecto á aquel. La prueba es muy importante. El historiador palentino Arcediano del Alcor, que entónces vivía, no lo consigna en su obra, y no solo no lo consigna, sino que asegura que él mismo fué, comisionado por el Cabildo palentino, á Santo Domingo de la Calzada, besó el pié al Pontífice, hizo una breve oracion en latin, á la cual el Papa respondió graciosamente de palabra y le mandó dar un Breve para el Cabildo, que lleva la fecha del 17 de Marzo de 1522. ¿Cómo un escritor testigo de aquellos sucesos, canónigo de Palencia, habia de omitir en su obra la extraordinaria circunstancia de que Adriano hubiera venido á Palencia, despues de referir que él fué á Santo Domingo á felicitarle en nombre del Cabildo? Ni este Arcediano ni Pulgar en su Historia secular y eclesiástica de la ciudad de Palencia, consignan cosa semejante, que de ningun modo hubieran olvidado. ¿Aludirá la inscripcion, respecto á Adriano, á su estancia en España ya que jamás habia existido en ella ningun otro pontífice romano, universalmente reconocido como tal?

Además, desde Palencia y Dueñas ¿á dónde fué? Lo lógico es que hallándose en esa fecha en Santo. Domingo, y urgiéndole el viaje, fuera directamente á Zaragoza, donde estuvo bastante tiempo aclamado, festejado y honrado sobremanera.

Desde Zaragoza se trasladó á Tortosa, su antigua sede, y desde allí á Tarragona, donde le esperaban treinta navíos de carga y once galeras, con cuatro mil infantes y algunos caballos, que mandaba don Francisco de Andrada. Se embarcó en 6 de Agosto, y tocando en Génova, Liorna y Civittavechia, arribó al puerto de Ostia y entró en Roma en 30 del mismo mes.

Estaba entónces la Iglesia Romana rodeada de peligros que entristecieron mucho su ánimo. Despues de tomar posesion dijo muchas veces á sus amigos: «Harto más contentamiento me solia dar á mí el Arcedianazgo de Lovaina, cuando no tenia más cuidado que de gobernar aquella universidad, que no me da agora el Pontificado. Triste de mí que me cupo en suerte el Pontificado, en un tiempo en que la Iglesia está debilitadísima, por faltarle, como le faltan, los

nervios, y por estar tan inficionada de los ponzoñosos errores de Lutero y rodeada de todos los males.»

Quiso ser en Roma gran reformador de costumbres y se estrelló contra los vicios y las malas prácticas que allí había. Padeció muchas contrariedades y fué objeto de muchos pasquines. Quitó á su futuro historiador Pablo Iovio un gran empleo que tenia en el Vaticano y le desterró á Como, su pátria, con un canonicato.

Los cortesanos de Roma no querian un hombre tan santo y recatado como él. Anunció que deseaba reformar la Iglesia Romana y castigar á los blasfemos, usurarios, cambiadores, mercaderes, judaizantes y sodomíticos, y por ello «cayó allí en terrible aborrecimiento.» Murió en 18 de Setiembre de 1523, casi un año despues de haberse sentado en el solio pontifical.

Su amigo el Cardenal Guillermo Enchovordio le erigió un magnífico sepulcro en la iglesia de Nuestra Señora de los Teutónicos, en el que además de un gran epitafio en verso, se lee este otro que resume perfectamente su vida y su carácter: «*Hadrianus Sextus hic situs est: qui nihil sibi infelicius in vita duxit, quam quod imperaret:*» esto es: «Aquí está Adriano Sexto, el cual, entre todas las cosas que le sucedieron, ninguna tuvo por más infeliz y desastrada que el ser Papa.»

Estas y otras curiosas noticias relativas al Papa aclamado en Vitoria, guardo para el correspondiente capitulo de la *Historia de Alaba*, que he de publicar. Bien quisiera, para cuando llegue la ocasion oportuna, poder decir, que de alguna manera, por medio de la colocacion de una lápida conmemorativa en la casa papal; ó cosa análoga, se ha honrado la memoria de aquel suceso, como ya lo hizo, y con mucho menor motivo por cierto, la iglesia catedral de esta ciudad en donde escribo.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Palencia, Octubre de 1886.

